

XVIII CERTAMEN DE RELATO CORTO
FUNDACIÓN VILLA DE PEDRAZA 2024

Título:

EL CORAJE DE LOS HÉROES

Seudónimo:

FRIDA KAHLO

He decidido ser un héroe. Alistarme a esa forma desinteresada de pasar por la vida, al impulso descerebrado de aquellos a los que no les importa morir por salvar a un desconocido. Es lo único que se me ocurre para conseguir que alguien me recuerde. Paso horas imaginando el momento, mi minuto de gloria, el acto épico, y me detengo, después, en las consecuencias: salir en los periódicos, las entrevistas en la televisión, una medalla al mérito civil, el saludo de pronto complaciente de los vecinos, qué sé yo, algo capaz de aportar una pátina brillante a una existencia mate como la mía. Me bastaría con que una sola persona pronunciara mi nombre con cierto tono de admiración para justificar mi paso por el mundo. Pero no es fácil. Uno no se encuentra todos los días una casa ardiendo con una anciana desvalida dentro, ni una familia a punto de ser engullida por las aguas de un río turbio y desbordado. No hay atracos a punta de pistola en cada esquina, ni perros de presa intentando hincar los colmillos en la yugular de una adolescente aterrada; explosiones, derrumbes, niños haciendo equilibrios sobre la barandilla de un séptimo piso: no hay. En mi ciudad no ocurre nada de eso. Lo sé porque desde que me propuse ser un héroe deambulo por las calles en busca de una oportunidad para cumplir con ese destino fraudulento con el que sueño y aún no la he encontrado. Pasan los días y ni siquiera ha sido necesario apartar a un viejo para evitar que lo atropelle un patinete. Nada me sale bien; tampoco ahora que estoy dispuesto a jugármela en el intento.

Llevo dos horas paseando alrededor del lago: aquí los niños juegan muy cerca de la orilla. Quizá hoy, por fin, haya suerte y alguno de ellos resbale y caiga al agua. Mejor que sea uno muy pequeño, uno que no sepa nadar, uno cuyos padres estén entretenidos preparando la barbacoa, limpiando el coche, tomando el sol. Lo observo todo con los músculos en tensión, preparado para salir corriendo y lanzarme al agua en cuanto se produzca el incidente. Nada. Por lo visto, hoy los niños no

tienen ganas de ahogarse y además los padres no les quitan la vista de encima. Otro día que pasa con pena, pero sin gloria. Me consuelo diciéndome que me exijo demasiado: salvar a un niño es, supongo, el no va más, el acto más valorado en cualquier manual para aspirantes a héroe. Los niños son seres indefensos y producen ternura, el binomio perfecto para que una gesta de andar por casa se convierta en epopeya.

Cuando estoy considerando la posibilidad de empezar por algo más modesto, más a la altura de un neófito como yo, aparece en escena ella. Se aproxima despacio, con su andar de felino asustado, prácticamente arrastrando su panza por el suelo de gravilla como si estuviera imitando a un reptil en vez de avanzar como un cuadrúpedo; la cabeza gacha, las orejas atentas, la cola larga escribiendo eses en el aire. Cuando está a menos de dos metros de mí, emite un sonido que pretende ser un maullido, pero que su timidez convierte en un leve siseo. La animo a acercarse más y ella se deja convencer. No me hace falta insistir. Le debo parecer de fiar porque enseguida maúlla con más seguridad y zigzaguea entre mis piernas. Sé que es una gata porque está preñada; por eso y porque su pelo tiene tres colores: los gatos tricolor siempre son hembras. Me pide comida cada vez con más insistencia. Callejera ella. Inadaptado yo. Dos formas de ser lo mismo: unos putos desgraciados. La cojo en brazos y ella ronronea: hasta los perdedores tenemos derecho a sentir placer, aunque siempre sea un placer prestado, pasajero. A juzgar por lo que pesa, calculo que lleva dentro al menos media docena de mininos. La vida es un asco, ¿a que sí?, le susurro mientras nos acercamos al agua. Ella me chupa la mano con fruición, como si fuera comestible o pudiera encontrar algo de sustancia entre los dedos. Miro a un lado y al otro. Uno, dos, tres, y la lanzo por lo aires, con todas mis fuerzas. La gata, en esos pocos segundos en que vuela, arquea el lomo, tensa las patas pero,

inevitablemente, cae al agua. Si las situaciones no se producen solas, hay que generarlas. Un gato ha caído al agua, está ahogándose, grito con el tono desesperado de quien busca ayuda, aunque lo único que quiero es llamar la atención, que se arremoline la gente junto a la orilla, que algún avisado saque el móvil y lo grabe todo. Los vídeos de animales en peligro acumulan miles de visualizaciones en YouTube. Cualquier idiota puede prepararle una buena putadita a un bicho y grabarlo como si hubiera ocurrido de verdad: un perro que se cae de forma fortuita a un pozo profundo, una gaviota cubierta de alquitrán que no puede volar, un caballo apresado en una alambrada. La gata intenta mantenerse a flote; me mira, sus ojos son dos parabólicas pulsantes. Yo ya estoy en el agua y nado lo más rápido que puedo hacia ella. Tengo público mirando, lo sé porque escucho su murmullo a mi espalda. No me cabe ninguna duda de que lo están grabando. Por algo se empieza, tío, considéralo un entrenamiento, me digo a mí mismo. La gata se hunde una vez más, y esta vez no vuelve a salir a la superficie. Me sumerjo yo también: el fondo del lago es una ciénaga. No veo nada, no palpo nada, no noto nada más que minúsculas partículas de limo raspándome los dientes. Esa gata estúpida se ha hundido como si tuviera las tripas de plomo; yo saco la cabeza y respiro exhausto, ni se me ocurre intentar buscarla de nuevo en ese chapatal, aún no tengo el coraje de los héroes. Al fin y al cabo, soy solo un principiante. Se percibe en el ambiente esa extraña quietud que se genera cuando algo resulta patético, pero dura poco, justo lo que tarda la realidad en volver a ponerse en movimiento.